

cándole segundas intenciones dirigidas á derribar la Constitución de 1837, reemplazándola con el Estatuto, ú otra ley parecida. Dejaremos á los órganos de los diferentes partidos el cuidado de apoyar ó desvanecer la acusación, que ni á unos ni á otros les faltan plumas amaestradas en la polémica política. Observaremos, sin embargo, que dado caso de existir las supuestas intenciones, andaría muy errado quien creyese que con golpe semejante se aseguraría para siempre el triunfo de ciertas ideas. En efecto, los mismos partidos que existen ahora existieran entonces también: todos con pocas modificaciones emplearían idénticos medios que bajo el imperio de la Constitución; la nueva ley se suspendiera como ahora, siempre que necesario se creyese; la lucha se trabaría como ahora en la prensa, en la tribuna, en las urnas electorales; interminables disputas se suscitarían sobre las leyes de Ayuntamientos, de Diputaciones provinciales, de milicia nacional; en breve estaríamos como ahora en el terreno de la política, en ese círculo sin salida, en que tan inútilmente se consumen infinitas fuerzas individuales, en que tan estérilmente se gastan las del poder y de la nación. Diríase como en otros tiempos se decía: «la nueva ley es no más que el cimiento; construyamos el edificio:» en vano se le iría alzando de continuo; las exigencias no cesarían hasta que la cumbre tocase al cielo.

Intentamos con esto significar, que si como le achacan sus adversarios, las miras de cierto partido se dirigiesen á un proyecto semejante, mucho dudamos que alcanzase por este camino el objeto que se propone. Es indispensable, urgente, salir del terreno de la política; mientras veamos que así el Gobierno como las Cortes se ocupan de ella con preferencia; mientras en las discusiones de la prensa y de la tribuna, miremos arrumbadas las cuestiones de administracion y de mejoras positivas, para disputar sobre la legitimidad de este ó de aquel poder, la conveniencia de la mayor ó menor latitud en las leyes orgánicas, y otros puntos semejantes, estemos seguros que la re-

volución continúa todavía, que estamos condenados á presenciarse la lucha de las pasiones, no de la inteligencia, que no asistimos á una discusión de donde broten destellos de luz, sino á un choque violento que arroja chispas incendiarias.

Entre tantos gobernantes que bajo distintos pretextos han infringido la ley vigente, ninguno lo ha hecho de una manera grandiosa, que acarrese á la nación resultados positivos y universales; ninguno que al reconvenirle por su infracción pudiera decir como aquel romano: «Juro que he salvado la patria:» ninguno que concibiese un plan vasto, que lo realizase con energía y rapidez, allanando todos los obstáculos, superando todas las dificultades; ninguno que al presentarse ante el gran jurado de la nación cargado con inmensa responsabilidad pudiera decir: «Señores, la política era un caos, yo la he desmenuado; para ello he quebrantado la ley, es verdad; si queréis mi cabeza, tomadla, que ahora ya no es necesaria, ni para salvar la patria, ni para afirmar la ley; pero antes mirad mi obra, destruida si os atrevéis; yo marcharé contento á la muerte, si vuestro corazón no os dicta que en vez de un cadalso debéis levantarme una estatua.»—*J. B.*

## LA SUERTE DE CATALUÑA.

Ya es tiempo que Cataluña piense con seriedad y detención en la suerte que le está reservada; ya es tiempo que conociendo á fondo su verdadera situación material, intelectual, moral y política, excogite los medios á propósito para procurarse el bienestar que en lontananza le sonríe, y precaverse de los males que en el porvenir la amenazan. La suerte próspera ó adversa de los individuos, de las provincias y de las naciones, está en las manos mis-



mas de quien ha de disfrutarla ó de sufrirla; cuando nos quejamos del infortunio, ó nos felicitamos por nuestra dicha, no hacemos por lo común otra cosa, que inculpar ó alabar nuestra conducta. Los pueblos, del propio modo que los individuos, son hijos de sus obras.

Nuestra situación es crítica, pero no desesperada; nuestros males son graves, pero no sin remedio; nuestros peligros son muchos, pero no tales, que sea imposible precaverlos. Es un error el creer que ni estos males, ni esos peligros, dimanen precisamente de las desgraciadas circunstancias políticas en que la España se encuentra. Estas hacen más difícil, más peligrosa la crisis, pero no la producen; agravan los males, aumentan la inminencia del peligro: pero sin ellas, existieran más ó menos, esa crisis, esos males y esos peligros.

El estado excepcional en que se halla Cataluña con respecto á las demás provincias, así en lo tocante á la riqueza pública, como en lo relativo á las ideas, costumbres, hábitos é índole de los habitantes; la rivalidad de una nación poderosa y astuta en grado eminente, he aquí las dos fuentes de donde nacen nuestros males; he aquí lo que nos crea esa situación penosa, que no nos permite disfrutar el bien que poseemos, ni entregarnos á las esperanzas halagüeñas con que nos brindan mil y mil circunstancias á cual más favorables.

Este estado excepcional no cesará en desapareciendo la actual situación política; ni es posible que cese, hasta que cambien las condiciones materiales de la sociedad inglesa, hasta que experimente completa mudanza buena parte del resto de las provincias de la monarquía española. Cuando la Inglaterra deje de estar sometida á la fatal alternativa de vender ó morir, entonces renunciará á su rivalidad; cuando las demás provincias del reino no encuentren ventajas en surtirse de las manufacturas inglesas, entonces se declararán en nuestro favor y se opondrán con nosotros á los proyectos mercantiles de la Gran Bretaña.

Esta es la verdad, pura, limpia, sin ambages, sin amañes ni lisonjas: persuádase de ella Cataluña, no la pierda nunca de vista; y tendrá no poco adelantado para el conocimiento de su situación actual, y de la venidera. Viva segura de que existe una opinión en contra de sus intereses, que tardé ó temprano se presentará tal cual es; viva segura, que ahora hay mucha adulación en el interés que por ella se muestra, porque se la necesita.

Con un cambio político la Inglaterra perderá mucho de su influencia, y disminuirán las probabilidades de que se nos sacrifique á sus exigencias con un golpe de mano; esto lo conoce Cataluña, esto lo palpa todo el mundo; pero no se crea tampoco, que en semejante circunstancia la política inglesa se retire de la arena; no se crea, ni que abandone sus proyectos, ni que deje de trabajar con ahinco, con perseverancia en la realización de sus planes. Mal conoce la historia europea quien con tales esperanzas se deslumbre; mal comprende la verdadera situación de las cosas quien se halague con tan hermoso sueño. El poder de la Gran Bretaña es inmenso, su astucia proverbial, su constancia es un modelo, sus adelantos industriales, las ventajas de su posición, indisputables, sus necesidades apremiadoras: y este conjunto hasta y sobra para que del logro de sus planes no desista, haciendo si es necesario esfuerzos hercúleos.

Fijos en España sus ojos, contempla un país de catorce millones de habitantes, que en su mayor número no conocen la industria, y por lo mismo le salta á la vista que hay en la Península un inmenso mercado donde puede desahogar algún tanto sus repletos almacenes. Dominante en Portugal, y señora de Gibraltar, tiene dos excelentes puntos de apoyo para el sostenimiento de su poder y realización de sus miras; resuelta de un modo favorable la cuestión mercantil, se hermanan admirablemente sus intereses materiales y su ambición política: insensiblemente se convertirá la Península entera en abyecta colonia, y los Pirineos abatidos por la política de Luis XIV, se le-



vantarán más altos todavía que en tiempo de Carlos V y de Francisco I.

A vueltas de este porvenir tan halagüeño, divisa como muy posible otro, que le infunde los recelos más vivos, que turba su sueño, que alarma su ambición y asusta su codicia.

Hay en el oriente de España una provincia, célebre por su gloriosa historia, temible por el valor, la intrepidez y la constancia de sus hijos, nombrada en todas épocas por la infatigable laboriosidad de sus habitantes. En brevísimo tiempo, se han levantado como por encanto en su populosa capital, cien y cien establecimientos fabriles, se han puesto en circulación cuantiosos capitales, el resto del Principado participa del movimiento; y en el mediodía de Europa se ha presentado el singular fenómeno, tanto más notable cuanto más aislado, de una provincia industriosa y floreciente semejante á las que admira el viajero en los países del Norte. Con la protección del sistema prohibitivo, ha podido extenderse á los mercados de la costa y del interior de la Península; y la industria inglesa que se ha encontrado con un rival que comenzaba á hacerse respetar, ha conocido desde luego la necesidad de abatirle. Si en vida le dejara, si permitiese su prosperidad, ó solamente su conservación hasta la época en que la España sometida á un gobierno estable entrara de lleno en el camino de una administración sabia y protectora, el fenómeno ahora aislado podría tomar mayores dimensiones: la industria es de suyo propagandista; y los reinos de Aragón, de Valencia, de Murcia, de Andalucía, podrían participar del peligroso contagio. Andando el tiempo pudiera la propaganda industrial extenderse hasta el territorio lusitano, y la moderna Cartago encontrarse cual la antigua Roma en presencia de nuevos Viriatos. La nación que á este punto podría llegar, posee todavía las preciosas Antillas, inestimable resto de una diadema hecha pedazos; excelente punto desde donde sería fácil abrir una vasta comunicación comercial con el continente americano, que para mayor in-

fortunio de la Inglaterra, habla en su mayor parte la misma lengua, y profesa la misma religión de los españoles. Sobre la costa de África se conservan todavía algunas islas, que la Gran Bretaña conoce lo que podrán ser con el tiempo, porque sabe lo que fueran ahora si en sus manos estuviesen; y por fin, hasta allá en la extremidad del globo, á la vista de las posesiones de la India, de los establecimientos de la Nueva Holanda, y de las recientes conquistas de la China, está mirando un precioso grupo de islas que siglos hace esperan que el gobierno español les dé impulso y fomento para convertirse en uno de los más brillantes florones de la corona de Castilla.

He aquí lo que está viendo la Inglaterra, lo que no olvida, lo que no olvidará nunca, sean cuales fueren los acontecimientos, y por más desfavorables alternativas que esté condenada á sufrir en su influencia política sobre los negocios de España. Ha ensayado el aliarse con la revolución, hasta ahora no ha conseguido completamente su objeto; prosigue con perseverancia su plan comenzado, y quiere llegar hasta la última extremidad para ver si en un momento de crisis se le brinda una coyuntura. Pero estad seguros que si un día llegase á convencerse de que ha errado el camino, si se persuadiera de que tal vez aquí como en Portugal, podría convenirle una política conservadora; cambiaría de rumbo con la mayor serenidad, predicaría con entusiasmo en favor de los intereses, del lustre, de la dignidad de la monarquía; y una vez hecha esa modificación en su política, se anotaría como condición necesaria en todas las carteras ministeriales, y no bastarían á cambiarla todas las vicisitudes y mudanzas que podrían sobrevenir en la prepotencia respectiva de los partidos que se disputan el mando. De la propia suerte que Peel y Wellington no se han avergonzado de seguir con respecto á nosotros la política revolucionaria de lord Palmerston, no se desdeñaría tampoco lord Palmerston de acomodarse á la política conservadora de lord Wellington y de Peel.



Queda pues en claro, que Cataluña si se empeña en proseguir en su noble tarea de adelantar en el camino de su prosperidad, ha de contar indispensablemente con un poderoso rival, sin que pueda mecerse en engañosas esperanzas de que un cambio político sea una suficiente garantía con que deba creerse segura contra tan temible adversario.

Por lo que toca al interés de otras provincias que dependen más ó menos al sistema de libertad comercial, y que por lo mismo favorecen los designios de la Inglaterra, tampoco es inconveniente que sea dable remover con facilidad; con él luchará la generación actual, y probablemente la venidera.

No se crean fácilmente los hábitos de trabajo que en Cataluña poseemos, no se improvisa una actividad como la que distingue al Principado. El catalán avezado á continuas faenas, acostumbrado á ser esclavo de las tareas de su oficio desde el rayar del alba hasta horas después de entrada la noche, no concibe cómo puede vivirse de otro modo; no acierta á explicarse qué género de vida es esa en que un hombre no tiene quizás de qué alimentarse ni vestirse, y sin embargo no piensa en mover sus brazos, capaces de producir todo cuanto necesita para ganar su subsistencia. Para el catalán pobre, pan es sinónimo de trabajo; y la miseria es sinónima de falta de trabajo. Cuando su apurada situación le fuerza á pedirnos limosna; si es viejo ó está enfermo, os indica la causa que le impide el procurarse el sustento; si es joven y goza de salud, se excusa con la falta de trabajo.

Pero esa manera de vivir que los catalanes no comprenden siquiera, la encuentran muy natural y muy agradable los que la disfrutan: decídselo á uno de esos hombres que envueltos en su manta y con su pañuelo en la cabeza, pasan las horas en la ociosidad; decidle que hay jóvenes, viejos, niños, mujeres, que no descansan durante el día sino algunos instantes para comer, y que sin embargo miran como la mayor de las calamidades el anuncio de que

el trabajo escasea; tampoco os comprenderán, tampoco trocarán su suerte con esa otra que fuera para ellos un pesado castigo.

Además, es necesario no hacerse ilusiones: estamos ya tan acostumbrados á ponderar el suelo de España cual si fuera un paraíso, que nos imaginamos posible que con un buen gobierno brotasen como por ensalmo en todos los puntos la agricultura, la industria y el comercio. Esto es un error: esas obras requieren largos años, y dilatadas comarcas existen en España donde se necesitan siglos.

La administración más activa, más atinada, que más impulse y fomenta el desarrollo de la riqueza pública, ¿qué podrá hacer sino con muchísimo tiempo, en aquellos países donde faltan dos elementos tan indispensables, no sólo para el bienestar sino hasta para la subsistencia, como son el agua y el fuego? El agua se atrae con los arbolados, y éstos se fomentan con el agua, es cierto; pero donde faltan el uno y el otro, ¿qué remedio queda sino el trabajo y la constancia de los años que todo lo superan? Para acometer ciertas empresas, es necesario contar con una población numerosa y activa; donde ésta falta ¿cómo se suple? Es indispensable el transcurso de muchos años; es indispensable dirigir cual conviene la educación de los pueblos, porque es indispensable en muchos lugares comenzar en cierto modo la conquista de la naturaleza misma.

La afluencia de los capitales á los puntos en que ha de desplegarse la acción, es otra de las condiciones imprescindibles para llevar á cima las grandes empresas. Esos capitales no acuden tampoco fácilmente; son desconfiados, suspicaces, y se dirigen de mejor grado allí donde la experiencia demuestra que se emplean con provecho. La dificultad está en los primeros pasos; dados éstos, se aumenta la velocidad en proporción del adelanto, las fuerzas productivas se multiplican de una manera asombrosa.

Cabalmente tenemos en España un inconveniente gravísimo, que influye más de lo que se cree en paralizar nuestro desarrollo, y en hacer inútiles los mejores deseos. La



vida de España está en las extremidades: el centro está exánime, flaco, frío, poco menos que muerto. Cataluña, las provincias Vascongadas, Galicia, varios puntos del mediodía, os ofrecen un movimiento, una animación de que no participa el corazón de España. Londres es digna capital de la Gran Bretaña, París de Francia; en la actividad, en la vida de que rebosan aquellas ciudades veis las indispensables condiciones de la cabeza de un gran cuerpo. En Madrid, y en todos sus alrededores á larguísima distancia, nada encontráis de semejante. Ni agricultura, ni industria, ni comercio: á la primera ojeada conoceréis que allí hay una corte, que allí se han amontonado inmensidad de empleados, con sus oficinas, su orgullo tradicional, su olvido del país que gobiernan; os convenceréis de que es una conquista sobre el desierto, como ha dicho un escritor ingenioso, pero que esa conquista, muy propia para lisonjear la vanidad, de nada sirve para fomentar la riqueza; os persuadiréis de que aquel es un centro sin vida, incapaz de dar impulso y dirección al movimiento de un gran pueblo; y de que á pesar de todas las teorías, de todos los proyectos, es muy probable que si esperamos de allá la vivificación y fomento, tengamos que contentarnos con amontonar y archivar volúmenes de decretos, órdenes, instrucciones, circulares. «Lo que es papel el gobierno nos envía mucho,» decía con admirable buen sentido un sencillo aldeano.

Las necesidades de un objeto se aprecian mal por necesidad, en un país donde no existen; quien resuelve las cuestiones sin tener á la vista los hechos, sólo con la ayuda de expedientes, de cuyo contenido no se ven de cerca ejemplos semejantes, andará siempre á tientas, siéndole el acierto en extremo difícil. Véase lo que á todas las naciones del mundo les sucede en el gobierno de sus colonias, y háganse las convenientes aplicaciones en la proporción debida.

Las consideraciones que acabamos de exponer, todas fundadas en hechos de una evidencia incontestable, indi-

can á Cataluña el camino que ha de seguir para conservar lo que posee y adquirir lo que le falta.

Sin soñar en absurdos proyectos de independencia, injustos en sí mismos, irrealizables por la situación europea, insubsistentes por la propia razón, é infructuosos además y dañosos en sus resultados; sin ocuparse en fomentar un provincialismo ciego, que se olvide de que el Principado está unido al resto de la monarquía; sin perder de vista que los catalanes son también españoles, y que de la prosperidad ó de las desgracias nacionales les ha de caber por necesidad muy notable parte; sin entregarse á vanas ilusiones de que sea posible quebrantar esa unidad nacional, comenzada en el reinado de los Reyes Católicos, continuada por Carlos V y su dinastía, llevada á cabo por la importación de la política centralizadora de Luis XIV con el advenimiento al trono de la casa de Borbón, afirmada por el inmortal levantamiento de 1808 y la guerra de la independencia, desenvuelta por el espíritu de la época, y sancionada con los principios y sistemas de las legislaciones y costumbres de las demás naciones de Europa; sin extraviarse Cataluña por ninguno de esos peligrosos caminos por los cuales sería muy posible que se procurase perderla en alguna de las complicadas crisis que según todas las apariencias estamos condenados á sufrir, puede alimentar y fomentar cierto provincialismo legítimo, prudente, juicioso, conciliable con los grandes intereses de la nación, y á propósito para salvarla de los peligros que la amenazan, de la misma manera que la familia cuida de los intereses propios sin faltar á las leyes, y sin perjudicar, antes favoreciendo el bien del Estado. En otro número expondremos nuestras opiniones sobre este particular; bástanos por hoy el haber descrito la situación de Cataluña, á lo que nos parece con el lenguaje de la verdad.—*J. B.*